

SEBASTIÁN ROYO

El éxito del Banco Mundial vendrá marcado por su capacidad de abandonar el modelo dirigista, predominante en las últimas décadas, para transformarse en una institución participativa, flexible y dinámica. El autor analiza las posibilidades de que esto ocurra con el nuevo presidente, Paul Wolfowitz



Un halcón en el Banco Mundial

La elección de Paul Wolfowitz como presidente del Banco Mundial ha reabierto el debate sobre el procedimiento de elección de los líderes de las instituciones de Bretton Woods (el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional), que permite a EE UU y Europa repartirse a los líderes de ambos organismos dejando de lado a los otros países miembros. Este es un procedimiento muy criticado que deja al descubierto el déficit democrático de ambas instituciones.

El control del proceso por EE UU es particularmente flagrante, dado que sólo controla un 16% de los votos del Banco, que su contribución a ayudas al desarrollo es tan sólo un 0,15% del PIB (muy por debajo del objetivo que Bush señaló en la conferencia de Monterrey en 2002 de un 0,7%), y que otros países juegan un papel aun mayor en las operaciones de la institución.

Paul Wolfowitz, vicesecretario de Defensa de EE UU, es considerado como uno de los arquitectos intelectuales de la guerra de Irak y ha sido percibido en los últimos años como el símbolo de la estrategia unilateralista del Gobierno de Bush. Wolfowitz ha sido también uno de los principales defensores del nuevo paradigma según el cual la seguridad de EE UU se refuerza no tanto a través del mantenimiento de un equilibrio de poderes, sino por un uso activo del poder militar para derrotar a las tiranías y

extender la democracia a otros países. Su nominación por parte de EE UU supuso una gran sorpresa para los líderes mundiales que, por segunda vez en pocas semanas, observan como el Gobierno de Bush nombra a candidatos vinculados al sector más neoconservador del Partido Republicano (los *Vulcanos*) para puestos claves en instituciones multilaterales (la nominación de John Bolton como embajador ante las Naciones Unidas es otro ejemplo).

Esta elección tiene paralelismos con la de Robert McNamara, secretario de defensa con los presidentes Kennedy y Johnson durante la guerra de Vietnam, que dirigió la institución durante 13 años. En este caso ha sido también controvertida por la falta de experiencia de Wolfowitz en temas de desarrollo (su carrera ha sido fundamentalmente en asuntos militares y diplomacia) y el temor a que pueda introducir la "guerra contra el terror" y los proyectos de exportación de la democracia de Bush en la agenda de actividades del Banco Mundial.

En su defensa Wolfowitz ha mencionado su experiencia como embajador en Indonesia en los ochenta (obviando su apoyo al régimen de Suharto) y su trabajo en los últimos meses en las operaciones de ayuda en Indonesia y Sri Lanka por el *tsunami*. Además enfatiza que tiene más experiencia viviendo en países en desarrollo que todos sus antecesores en el cargo.

La pregunta clave es si Wolfowitz



ÁNGEL NAVAS

podrá dejar de lado sus lealtades al Gobierno de Bush y su obsesión en la lucha contra el terrorismo y convertirse en un líder independiente y que escuche, capaz de trabajar con los 184 países miembros del Banco Mundial, para centrarse en la prioridad número uno de la institución que es la lucha contra la pobreza.

El poder del presidente del Banco Mundial esta restringido por el comité ejecutivo, que es el que toma las decisiones sobre políticas y préstamos y que esta dominado por el G-7, el grupo de los siete países más industrializados. Sin embargo, el presidente tiene una plataforma importante para influir en los debates sobre desarrollo, y lidera la dirección estratégica de la institución y el proceso de cambio in-

La pregunta clave es si Wolfowitz podrá dejar de lado sus lealtades al Gobierno de Bush y convertirse en un líder independiente

terno. El éxito futuro del Banco Mundial vendrá marcado por su capacidad de abandonar el modelo dirigista y jerarquizado de apoyo a países en desarrollo que ha predominado en las últimas décadas, y transformarse en una institución participativa, flexible, innovadora y dinámica con la capacidad de colaborar con diferentes actores (incluyendo organizaciones no gubernamentales y el sector privado) en los países en desarrollo.

El Banco debe de incrementar el apoyo técnico a los clientes y desarrollar fórmulas imaginativas que permitan el desarrollo de alianzas entre el sector público y privado para proporcionar soluciones en áreas como la educación, la salud, o la mejora de infraestructuras.

El nuevo presidente, por último, debe centrarse en tres áreas prioritarias: la democratización de la institución que permita dar más voz a los países en desarrollo, la ampliación de las contribuciones al desarrollo de los países ricos, para aproximarse al objetivo del 0,7% del PIB, y la consecución de los objetivos fijados en el Proyecto del Milenio de la ONU.

Una reorientación de la institución hacia temas de terrorismo o su politización y alineamiento con las tesis del Gobierno de Bush pueden ser muy perjudiciales. Es de esperar que Wolfowitz pueda utilizar su experiencia y talento para gestionar el proceso de cambio dentro de la institución y mantener su independencia. No sólo esta en juego la legitimidad del Banco Mundial, sino el éxito en la lucha contra la pobreza y el objetivo de avanzar hacia el desarrollo sostenible.

Director del Campus de Madrid de la Universidad de Suffolk y codirector del Seminario de Estudios Ibéricos del Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard

RAIMUNDO ORTEGA

El eje enmohecido de la Unión Europea

Transcurrido poco más de un mes desde la abrumadora aprobación española del proyecto de Constitución Europea, sus entusiastas defensores habrán encontrado en la reciente Cumbre motivos para reflexionar.

En efecto, la reunión del Consejo Europeo el pasado 23 de marzo tenía en su agenda un propósito esencial: impulsar la modernización económica de Europa decidida nada menos que hace cinco años en la llamada "Agenda de Lisboa". Además, se trataba de bendecir el acuerdo alcanzado por los Ministros de Economía y Hacienda para revisar el Pacto de Estabilidad y Crecimiento (PEC).

Pues bien, para los fervorosos creyentes en la futura cohesión que el texto constitucional se encargaría de fomentar y que algunos pocos españoles se han apresurado

a apoyar, el tropiezo con la cruda realidad de la defensa a ultranza de los más descarnados intereses nacionales ha debido ser lacerante. Expliquemos el por qué, empezando por el PEC.

Los defensores de la revisión aducen que se trata de impulsar el crecimiento de economías como la alemana o la francesa flexibilizando el Pacto; es decir, aceptando, como los vilipendiados EE UU, déficit públicos superiores al 3%. Olvidemos también que la historia del PEC demuestra que dicho razonamiento no es aplicable a las economías de países pequeños -como Portugal o Irlanda- para intentar convencernos que es razonable tragarse la justificación según la cual excepciones tales como la fase del ciclo, la realización de reformas estructurales, la inversión en I+D o la financiación de acontecimientos es-

peciales justifican los desequilibrios presupuestarios y avalan las promesas de su pronta corrección.

Habría que explicar por qué Francia y Alemania, ardientes defensores de la revisión, llevan tres años superando el límite del 3% y sus economías continúan sin dar signos de recuperación apreciable -las últimas previsiones del FMI indican que Alemania crecerá este año menos del 1% y su tasa de paro llegará al 12,6%, mientras que Francia quizá alcance el 2% y su desempleo rozará el 10%-, pero se trata de un detalle sin importancia. Así pues, que Dios reparta suerte.

Vayamos ahora al asunto que ocupó la atención de los Jefes de Estado y Gobierno reunidos en Bruselas; a saber, el examen del proyecto de Directiva de Servicios, sometida a una feroz trinchera, iaciertan Vds.!, por parte de Fran-

cia y Alemania. Chirac lo calificó como muestra de "neoliberalismo", una forma posmoderna de "comunismo", y una amplia coalición formada por socialistas -con el presidente de la Eurocámara a la cabeza-, sindicalistas y defensores del santo oficio conocido como "modelo social europeo" se opuso frontalmente a su entramado general pero, de forma especial, al "principio del país de origen", según el cual los suministradores de servicios de cualquier país de la UE podrían ofrecerlos en cualquier otro de la Unión siempre que cumplan la normativa de su propio país.

Franceses y alemanes han rechazado el proyecto de directiva alegando que se ampararía un "dumping social" promovido por los países más pobres de la UE, que rebajarían los salarios y la protección social. Los germanos,

siempre precisos, han calculado incluso el número de matarifes teutones que perderían su empleo a favor de los mataderos de Centro Europa. Resultó inútil que la Comisión se apresurara a subrayar que las objeciones más notorias eran injustificadas -por ejemplo, la Directiva no se aplicaría a servicios considerados "esenciales", como la sanidad o el transporte- y que, igualmente, jamás interferiría en las regulaciones nacionales referentes, por mencionar las más sensibles, al salario mínimo o la duración de la jornada laboral.

El resultado es que el proyecto deberá volver a los arcanos de la Comisión a fin de ser maquillado a conveniencia de los refinados dictados franco-alemanes. Es de temer, por tanto, que el texto que vuelva a una próxima cumbre sea un híbrido deslavazado que en modo alguno sirva al

ambicioso pero estéril objetivo de convertir a Europa en la primera potencia económica mundial en el año 2010.

Y una vez más se habrá puesto de relieve que el proyecto europeo fue todo un éxito mientras su ambición se circunscribió a proporcionar a Francia un seguro contra las invasiones germanas y a Alemania una credencial de respetable pacifismo; pero ahora, que se trata de impulsar una verdadera confederación de 25 Estados, la alianza franco-alemana se revela como un eje herrumbroso que carece de una auténtica visión general capaz de cimentar una potencia mundial basada en una economía competitiva, una visión global, una política exterior segura y una capacidad militar eficaz. Lo que, por desgracia o por suerte, tiene EE UU.

Economista